

Genocidio

Si se da la eventualidad de que usted es uno de aquellos que sienten afecto por las civilizaciones afables y arcaicas —los naga, los papuanos, los moi de Vietnam, los polinesios y las reliquias melanesias—, los tímidos pueblos primitivos, amilanados y eclipsados por el avance monstruoso de nuestra despiadada era, en tal caso el pasado año [1968] fue un mal año para usted.

Por las descripciones de todos los que los vieron, no había seres humanos más inofensivos y encantadores en el planeta que los indios de la selva de Brasil, y de pronto se nos dijo que habían sido empujados al límite de la extinción. La tragedia de los indios en Estados Unidos acontecida el siglo pasado se repetía, pero comprimida en un período de tiempo más breve. Donde hace una década había centenares de indios, ahora había decenas. Una revista norteamericana informó con nostalgia de una tribu de la cual solo habían sobrevivido 135 miembros...., demasiado afables para cazar. Vivían tan desnudos como Adán y Eva en el anochecer de una inocente historia, pescando algunos peces, recolectando cacahuetes, tocando sus flautas, haciendo el amor...., esperando la muerte. Supimos que su

supervivencia hasta el día de hoy se debía únicamente a la paternalista atención del Servicio de Protección al Indio del Gobierno brasileño.

En todos los informes de seguimiento —y se habían elaborado muchos— había un punto flaco, una falta de franqueza, un defecto en la responsabilidad social, una evidente aversión a señalar en la dirección desde la que se aproximaba la condena. Daba la impresión de que se esperaba de nosotros que supusiéramos que los indios sencillamente se estaban desvaneciendo, aniquilados por el severo clima de los tiempos, y se nos invitaba a no seguir preguntando. Se dejaba en manos del propio Gobierno brasileño resolver el misterio, y en marzo de 1968 lo hizo, con brutal franqueza, y con poca intención de defenderse. Las tribus habían sido virtualmente exterminadas, no pese a todos los esfuerzos del Servicio de Protección al Indio, sino con su connivencia, y a menudo con su ferviente cooperación.

El Servicio, admitió el general Albuquerque Lima, ministro brasileño de Interior, se había convertido en un instrumento para la opresión de los indios y, por ello, había sido disuelto. Iba a llevarse a cabo una investigación judicial de la conducta de 134 funcionarios. Se precisó toda una página de un periódico, en cuerpo pequeño, para listar los crímenes que se imputaban a estos hombres. Hablando en términos informales, el fiscal general del Estado, *senhor* Jader Figueiredo, dudaba de si de los más de mil empleados del Servicio acaso diez serían exculpados.

El informe oficial era sereno —casi flemático— y, por consiguiente, tremendamente eficaz en la exposición de la atrocidad que describía. Exploradores aliados con políticos corruptos habían usurpado continuamente tierras indígenas y aniquilado a tribus enteras en una cruel lucha en la que se habían empleado armas bacteriológicas, mediante el suministro de ropa impregnada con el virus de la viruela y de comida envenenada. Se había secuestrado a niños y el asesinato en masa había quedado impune. El propio Gobierno fue culpado en cierta medida de la creciente carencia de recursos por parte del Servicio durante un período de más de treinta años. El Servicio también había tenido que hacer frente al «catastrófico impacto de la actividad misionera».

Al día siguiente, el fiscal general del Estado recibió a la prensa, dispuesto a aportar detalles. Una comisión había dedicado 58 días a visitar los puestos del Servicio de Protección al Indio por todo el país recabando pruebas de abusos y atrocidades.

Se catalogó parte de las inmensas pérdidas sufridas por las tribus indígenas en esta trágica década. De diecinueve mil munducuru que se creía que existían en la década de 1930, solo quedaban 1.200. La población guaraní se había reducido de cinco mil a trescientos. Quedaban cuatrocientos caraja de cuatro mil. De los cintas largas, que habían sido atacados desde el aire y empujados a las montañas, posiblemente habían sobrevivido quinientos de diez mil. La orgullosa y noble nación de los kadiwéu —«los Indios Caballeros»— se había transformado en una lastimosa banda de unos doscientos pedigüeños. De los formidables chavante, que merodeaban de fondo en el viaje a Brasil de Peter Fleming, apenas quedaban unos pocos centenares, si bien reducidos a forraje de las misiones, el mismo sino lamentable al que habían sucumbido los bororo, que ayudaron a cambiar los puntos de vista de Lévi-Strauss sobre la naturaleza de la evolución humana. Muchas tribus están ahora representadas por una única familia, y unas cuantas por uno o dos individuos. Algunas, como la de los tapaiuna —en este caso, a consecuencia de un regalo consistente en azúcar impregnada en arsénico—, habían desaparecido por completo. Se calcula que a día de hoy solo sobreviven entre cincuenta y cien mil indígenas.

El *senhor* Figueiredo calculaba que en los últimos diez años a los indios se les había robado propiedades valoradas en 62 millones de dólares. Y añadía: «No es solo a través de la malversación de fondos, sino también en el consentimiento de perversiones sexuales, asesinatos y todos los demás crímenes contemplados en el código penal contra los indígenas y sus propiedades, como uno puede ver que el Servicio de Protección al Indio fue durante años un antro de corrupción y matanzas indiscriminadas». El responsable del Servicio, el mayor Luis Neves, fue acusado de 42 crímenes, entre ellos los de colusión en varios asesinatos, la venta ilegal de tierras y el desfalco de

trescientos mil dólares. Los documentos que contienen las pruebas recabadas por el fiscal general pesaban 103 kilos, informó a los periodistas, y sumaban un total de 5.115 páginas.

En los días subsiguientes hubo más titulares y más declaraciones por parte del Ministerio:

Ricos terratenientes del municipio de Pedro Alfonso atacaron a la tribu de los crao y mataron a unos cien individuos.

La peor matanza tuvo lugar en Aripuaná, donde los indios cintas largas fueron atacados desde el aire con cartuchos de dinamita.

Terratenientes contrataron a un conocido *pistoleiro* y a su banda para masacrar a los indios canela.

Los indios nhambiquera fueron arrasados con ametralladoras.

Dos tribus de los patachó fueron exterminadas mediante la administración de inyecciones con el virus de la viruela.

En el Ministerio del Interior expuso ayer que los crímenes cometidos por ciertos ex funcionarios del SPI sumaban más de mil, entre ellos el de arrancar las uñas a los indios y el de dejarlos morir sin prestarles asistencia.

Para exterminar a la tribu baiços-de-pau, explicó Ramis Bucair, jefe de la inspección n.º 6, se organizó una expedición que remontó el río Arinos llevando consigo regalos y gran cantidad de comida para los indios. Esta iba mezclada con arsénico y formicidas [...]. Al día siguiente, un gran número de indios murieron, y los blancos propagaron el rumor de que la causa era una epidemia.

Como siempre, las fronteras con Colombia y Perú (escena de las piráticas aventuras de la vieja Peruvian Amazon Company británica) eran problemáticas. Un leve auge en el caucho natural generado por la última guerra había llenado la región de una nueva generación de

hombres con corazones de piedra. En la década de 1940, una compañía cauchera castigó a aquellos esclavos indígenas que no conseguían recolectar la cota diaria de caucho con la pérdida de una oreja la primera vez, con la pérdida de la otra la segunda, y por último con la muerte. Perseguidos por las tropas brasileñas, se limitaron a trasladarse, con toda su mano de obra, al otro lado de la frontera peruana. Hoy la mayoría de los terratenientes ejercen una opresión algo menos espectacular. Se afirma que un propietario encadenó a leprosos a postes durante una semana, obligándolos a hacer sus necesidades in situ y privándolos de comida y agua. Era un mal ejemplo, pero este método de someter a los indios ticuna a la esclavitud era de uso común. Se les pagaba medio cruceiro por un día de trabajo y luego se les cobraba tres cruceiros por una pastilla de jabón. A los que intentaban escapar se los arrestaba acusados de ladrones (se encargaba de hacerlo la fuerza policial privada del terrateniente).

La *senhora* Neves da Costa Vale, delegada de la Policía Federal que investigó este caso y las condiciones locales en general, descubrió que poco había cambiado desde los viejos y aciagos tiempos. Observó que centenares de indios estaban siendo esclavizados por terratenientes a ambos lados de la frontera, y que los colombianos y los peruanos iban a la caza de indios ticuna remontando los ríos brasileños. Se estaban llevando a indígenas semi-civilizados, dijo, para convertirlos en bandidos en Colombia. La región es conocida como Solimões, el nombre que recibe el Amazonas en el lugar, y a la *senhora* Neves le impactó la pésima condición física que presentaban los indios. Había multitud de leprosos, y ella confirmó la existencia de una isla llamada Armaça donde se concentraba a los indios demasiado mayores o demasiado enfermos para que los encontrara allí la muerte. Dijo que no recibían ayuda de ningún tipo.

Todas las fuentes coincidían en narrar una historia trágica. Nadie sabía cuántos indígenas habían sobrevivido, porque no había modo de contarlos en sus últimos bastiones de las montañas y las selvas. Los cálculos más optimistas establecen la cantidad en cien mil, pero otros creen que podrían quedar tan pocos como la mitad de esa suma. Tampoco podía hacerse más que una estimación muy aproximada

de la velocidad del proceso de exterminación. Todos los informes sugieren que cuando los europeos aparecieron en escena por primera vez, cuatro siglos atrás, encontraron una densa y vivaz población. Fray Gaspar, el cronista de la expedición de Orellana, asegura que una fuerza de cincuenta mil hombres atacó en una ocasión su barco. En aquel entonces, los expertos creen que la población indígena estaba formada por entre tres y seis millones de individuos. Hacia 1900, las mismas autoridades calculan que de ellos podrían haber quedado un millón. Pero, en realidad, es una cuestión de conjeturas.

Los primeros europeos que vieron a los indígenas de Brasil desembarcaron de la flota de Pedro Alvares Cabral en el año 1500; quedaron encantados con el recibimiento que los nativos les brindaron y, cuando volvieron a zarpar en sus barcos, lo hicieron con pesar.

Pero Vaz de Caminha, secretario oficial de la expedición, envió una carta al rey que rezumaba entusiasmo. Era el relato de primera mano de un hombre que acababa de liberarse de la monotonía de los mares para sumergirse en experiencias nuevas y milagrosas, que podría haber escrito para algún amigo de su misma ciudad. Damas desnudas habían desfilado en la playa espléndidamente indiferentes a las miradas atónitas de los marineros portugueses, y Caminha tomaba al rey por el codo y, en confianza, le contaba sus encantos.

Las chicas indígenas lucían un aspecto fresco, pues se bañaban en el río y no tenían vello corporal. Caminha describe sus atractivos sexuales con un grado de detalle minucioso y compasivo, añadiendo que sus genitales habrían abochornado a cualquier mujer portuguesa. En aquellos tiempos, los europeos apenas se lavaban (un tratado sobre la conveniencia de evitar la mugre estaba siendo un éxito de ventas), por lo que uno supone que los portugueses frecuentemente iban roñosos en estas regiones. Caminha no puede evitar retomar la cuestión antes de proceder con los detalles prosaicos del clima y los alimentos de la tierra recién descubierta: «Jóvenes muy hermosas —dice— [...], como aves o alimañas del bosque, a las cuales les da el aire mejores plumas o cabellos que a las